

Domingo Melfi

En el remate de un palacio Santiaguino ⁽¹⁾



STABA todo en orden en el palacio, pero todo parecía sin embargo, fuera de su sitio. Era un poco la imagen del tiempo presente, con sus bruscos vaivenes, con su torbellino de impacencias, con sus saltos y caídas inesperados.

La puerta de calle.—una gran puerta maciza, de roble tallado—estaba guardada por un criado de librea; un hombre entrado en años, cargado de espaldas y cuya misión era o, mejor, había sido la de estarse allí, de la mañana a la noche, para recibir o despedir a las visitas que entraban o salían. Este criado había crecido, madurado y envejecido en el servicio de la familia. Conocía todos los secretos de la casa, los esplendores antiguos, las gentes que iban a solicitar favores, a los políticos de otro tiempo, a las grandes damas que llegaban en carruajes y cuya portezuela él se

(1) El palacio que figura en este ensayo no tiene ubicación alguna en la realidad y los personajes que el autor diseña, tampoco pueden ser identificados como figuras de esa misma realidad. Hemos creído necesario hacer esta advertencia.

apresuraba a abrir, quitándose la gorra e inclinando su torso todavía robusto. Era el viejo criado de las casas patricias que llega a convertirse con los años en un miembro más de la familia. El día del remate de los muebles del Palacio, estuvo como todos los días en su puesto. Por la mañana, mucho antes de que comenzara el movimiento de los curiosos, dió cortos paseos por el ancho zaguán embaldosado, a través del cual se penetraba, por un costado, hacia las habitaciones de la casa. Con las manos cruzadas a la espalda, y la cabeza un poco más inclinada que de costumbre, iba y venía echando, de paso, hurañas miradas hacia la calle. Luego comenzaron a pasar, por delante de él los primeros grupos de desconocidos que acudían a curiosoear y que ni siquiera le pidieron la venia para deslizarse hacia el interior de las habitaciones.

Una fuerza obscura lo mantuvo firme en su puesto como al soldado de Pompeya, citado por Spengler y que el día de la erupción del Vesubio olvidaron de licenciar. Permaneció el soldado sin moverse, porque era su consigna y pereció bajo la lava y la ceniza sin abandonar su sitio. Así lo encontraron, siglos más tarde, petrificado y con las armas vigilantes, los sabios que excavaron las ruinas de la ciudad.

Este viejo criado santiaguino, pertenecía a la clase de aquel soldado obscuro y sin nombre. La avalancha humana que estuvo entrando y saliendo, durante tres días, debió parecerle a su mente simple, algo así como el arrasamiento de toda una vida consagrada al servi-

cio de una vieja tradición. Con los muebles que pronto saldrían hacia todos los puntos de la ciudad se escaparía el alma de la casa y quizá, todo el espíritu de sus amos, hombres para él preclaros y casi inviolables. El no conocía el secreto exacto de las determinaciones, pero barruntaba algo de la oculta razón de aquel despedazamiento de la casa. Los tiempos habían cambiado en forma vertiginosa y no era posible ya sostener el boato de otras épocas. La mansión inmensa, iba a convertirse sabía Dios en qué cosa y sus amos debían, cada cual ocupar otros sitios y otras casas en barrios distintos de la ciudad. Ya no habría puerta alguna que guardar, ni tenía por qué vestir esa levita con botones dorados que cada mañana cepillaba con pulcritud, antes de ir a colocarse en su puesto. El se iría al campo, a un pequeño fundo que habían conservado los amos más jóvenes, herederos de parte de la antigua fortuna. En el campo, ya se vería lo que iba a hacer. Como no podía abandonar a los que había conocido de niños y a los cuales había llevado en los juegos, sobre sus anchas, espaldas, se había dispuesto que siguiera al servicio de la familia, en alguna ocupación que ya se le indicaría.

El tiempo había dado un vuelco. Todo se presentaba para él, hosco y taciturno. Había escuchado palabras muy tristes y un soplo de ausencia y de melancolía infinitas, se deslizaba por entre los historiados muebles de los salones. Algunas veces, y esto había ocurrido antes de la subasta, entraba a la biblioteca de la casa para contemplar el gran retrato del fundador de la fa-

milia, al que había conocido cuando era un mozo. Evocaba su voz varonil, sus ademanes amplios, su sonrisa franca. El le había abierto la puerta cada vez que salía a dar su paseo cotidiano por la Alameda. Iba siempre vestido de levita negra y sombrero hongo o bien «tarro de pelo» y llevaba invariablemente, en su mano derecha el bastón con empuñadura de plata, regalo de sus admiradores políticos. Regresaba al anochecer, con un grupo de amigos. Entraban todos charlando a la biblioteca, cuya chimenea de mármol, si era invierno, él había cuidado de encender para recibir al amo, y allí se estaban hasta la hora de la comida. La noble prestancia de aquel hombre nunca se había borrado de su memoria y al mirar la imagen que el pintor había fijado con tanta precisión en la tela, no podía ocultar una profunda emoción. El primer día de remate, mientras desfilaban por delante de él los grupos inacabables de curiosos, su corazón estaba lleno de ira, y en los ojos le brillaban las lágrimas. Desaparecía por minutos hacia el patio que se veía lleno de árboles al fondo y, en el que nadie podía entrar y allí se secaba en un rincón las lágrimas y luego volvía a su puesto. La mirada le ardía y de buenas ganas hubiera echado a toda esa gente a la calle.

Entretanto circulaba por los salones, atropellándose, una muchedumbre compacta y heterogénea. La muchedumbre que invade siempre las casas antiguas cuyos muebles se dispersan por orden de los herederos o por

el ímpetu inexorable de las crisis económicas profundas. Algunos palacios de otro tiempo, habían corrido ya la misma suerte de este hogar esplendoroso y sus muebles y vajillas habían sido ya arrojados a los cuatro vientos.

En las manos de los nuevos ricos desaparecía poco a poco, la tradición, el alma opulenta de los antepasados, el perfume de las antiguas elegancias. En los departamentos modernos, fríos y desolados en su misma engañosa intimidad, se acumulaban los bargueños de madera de sándalo, los bronces y los muebles importados. En los rincones y pasadizos oscuros de los almacenes de los anticuarios, se veían los sillones decorados y los pesados armarios de caoba, que las subastas ofrecían en medio de una lucha ceñida de intereses y secretas arrogancias.

Ahora los visitantes palpaban los objetos, se arrellanaban sobre los muebles de auténtica procedencia francesa, tocaban los cortinajes pesados de brocato y pasaban y volvían a pasar sobre las alfombras de Bokara y de Shirvan. Algunos petimetres de las nuevas generaciones, estaban tendidos como en su casa, sobre los sillones de «acajou», traídos de París y copiados según se decía, por célebres artistas, de los que existen en el Palacio del Quay D'Orsay. Grandes lámparas encendidas, hacían chispear con destellos rutilantes, los dorados a fuego de los muebles, las vitrinas llenas de figulinas de marfil y los jarrones modelados de Bernard Moore o los bronces Barbedienne.

Como si se tratara de un salón de té a la moda o de una sala de cine cuya inauguración se hacía en esos momentos, las mujeres se daban cita en el palacio y se saludaban al encontrarse con bulliciosas muestras de alegría. Los remates de las mansiones antiguas eran muy complicados y duraban varios días. Comenzaban por la mañana y terminaban ya entrada la noche. Durante todo el día el movimiento extraordinario sólo se interrumpía en la hora de almuerzo, para reanudarse a las dos de la tarde. El reguero humano entraba y salía sin descanso. Frente a la puerta se detenían los autos lujosos, o los más modestos, descargaban su masa de visitantes y luego buscaban colocación a lo largo de las calles vecinas. Los carabineros como en las resonantes recepciones diplomáticas, hacían un turno extraordinario para evitar la congestión del tránsito. En la puerta de entrada se arremolinaban los que no podían penetrar al interior: mujeres andrajosas, hombres de facha equívoca y pilluelos desarrapados que esperaban también la oportunidad de una limosna.

La fauna humana se teñía con todos los matices de la curiosidad. Florecía allí tanto el desencanto como la avidez. La ciudad estaba como suspendida de un hilo. Unos a otros se comunicaban los esplendores del palacio, la suntuosidad de las habitaciones, el rico y fantástico prodigio de sus vajillas y de sus muebles y cuadros. Y los que aún no habían acudido a curiosear, a conocer de cerca la intimidad de un hogar aristocrático, se daban unos minutos de tiempo, para correr a

constatar con sus ojos, la verdad de aquellas maravillas. Y así el río humano crecía, se ensanchaba, penetraba afilándose por las puertas, como por una estrecha garganta de serranía, se apretujaba ávido y gozoso, admirado y sorprendido. El rumor de colmena llenaba la casa y todas las manos, palpaban, hurgaban, se metían por entre las sábanas de las camas, por encima de los tapices, abrían y volvían a cerrar los cajones de las mesas, dejaban sus huellas encima de los espejos o en los bordes brillantes de las copas de cristal.

Los agentes de pesquisa recorrían los salones, confundidos entre la muchedumbre. Seguían el impaciente movimiento de las manos, los gestos rápidos, las miradas ansiosas y fijas sobre los pequeños objetos de marfil en los cuales la fantasía del artista había grabado relieves de prodigio. Era preciso estar alerta, porque el remate es el trastorno, una especie de tormenta que desvasta y tritura sin desordenar enteramente una casa. Pero aleja y esconde los objetos, los mueve de sus sitios, los hurta por un momento a la vigilancia para hacerlos aparecer de nuevo en otro lugar en el eterno y subrepticio movimiento del instinto ávido de apropiárselo. Todos podían penetrar en los salones y todos podían sentir en un momento fugaz, obscuro e indefinible, esa tentación que hace palidecer el rostro y secarse la lengua.

Tal vez un palacio viejo en subasta sea el sitio más impresionante de la debilidad y de la vanidad huma-

nas El que pasa por frente de la puerta siente un impetuoso deseo de sumergirse en él. Es el lugar de una aventura imprevista y el refugio para una cita. Es también el centro de la contradicción y de la evocación, tanto como el estertor de una época que muere. Sus salas fulgurantes traen a la memoria viejos tiempos de opulencia, horas lejanas e irretornables. Se vuelve a ver las reuniones familiares, las fiestas y los saraos. Desfilan las parejas: las damas cubiertas con sus trajes de seda y moviendo sus abanicos y los hombres enfundados en sus pecheras blancas y sus fraques impecables. Se vuelve a escuchar el rumor de las voces apretadas por las confesiones, las palabras de amor, las interjecciones rápidas y apasionadas del deseo. Entre las palmeras enanas de hojas brillantes, se ocultan los rostros enamorados. Se abren en los recuerdos, los salones como rectángulos de luz, y sentadas a los lados las damas graves, las madres que esperan tiesas en sus vestidos de moare negro, con sus prendedores de brillantes, sus manos enguantadas, sus peinados altos y complicados. Hermosas y solemnes. Los compases de los vales: Danubio Azul, Invitación al vals, vuelven a resonar amortiguados en el giro romántico de los suaves y lánguidos revuelos. El torbellino silencioso parece compendiado en la imagen de los sueños vaporosos. Cabezas rizadas y rubias se balancean con los ojos entrecerrados en brazos de jóvenes pálidos y ojerosos... Viñetas en fin, semi borradas, desgastadas, derruidas en la corriente presurosa del tiempo sin retorno...

Allí están pues, apoyados en una columna, mientras la muchedumbre pasa y repasa, los que van a evocar, sin decírselo a nadie, esos tiempos de esplendor y a lamentarse de los tiempos presentes.

Otros van a las subastas a dar rienda suelta al odio acumulado durante años contra los antiguos moradores; a sentir el secreto y turbido deleite de la venganza de asistir a la dispersión de lo que fué grandeza, orgullo, soberbia. Jamás olvidaron la humillación de no haber sido invitados una sola vez a las fiestas que allí se daban. Venganzas políticas, viejos enconos de familia, antiguas reyertas de antepasados que florecen en los troncos nuevos, como el quintral sobre los álamos, y que en un minuto, se presentan para atormentar el corazón de sus víctimas.

Hay también los que asisten como el funeral de sí mismos. Una casa en que transcurrieron horas y días alegres, en la intimidad de los que allí habitaron y a cuya mesa se sentaban a menudo, para alternar con más familiaridad que los propios parientes, es sin duda, un desgajamiento de la propia alma. Se anticipa en cierto modo, el desastre final, la caída inevitable en la fosa, el doloroso término de todo lo que fué... Y la evocación es amarga, por lo mismo que se asiste a la fuga de los muebles que sirvieron en otros días de reposo, en las charlas lentas, en el ambiente de confianza, en la recíproca seguridad de la discreción y la reserva. Y todo ese marco en el que la familia y las relaciones, dejaron parte de su hálito y de sus pensamientos, se

desliza por la ancha puerta, se aleja para siempre, para ir a contemplar otras intimidades, otras almas opuestas, acaso enemigas.

Los tiempos son difíciles y son desapacibles. Lo más antiguo se despeña en el alud de la renovación. Caen de sus marcos los arcaicos retratos de los antepasados y los rincones de las estancias familiares se llenan de voces nuevas, de impacientes arrogancias. Las manos ávidas retuercen el cuello a la vejez. La arrojan luego a la calle helada y llena de voces exasperadas e irritadas. No hay calma sino inquietud, no hay reposo sino violencia. No hay serenidad sino vorágine precursora de cambios más hondos.

Si la tradición ya no es respetada, ¿cómo conservar, incólume la tradición? El antiguo boato de estos palacios se hizo con las piedras arrancadas a los minerales de Potrerillos, Tamaya, Chañarcillo en la edad áurea del bienestar económico. La ciudad crecía sin prisa. Del desierto venían las cargas pesadas de la plata. Se acumulaban tesoros magníficos y la organización política y social permitía este crecimiento enorme de la riqueza en las manos de hombres emprendedores que al mismo tiempo eran grandes industriales. El ancho camino de las zonas norteñas estaba trajinando por estos pioneros de la explotación mineral. Se cargaba el metal en los puertos y de todas partes del mundo se acercaban a sus muelles los barcos ansiosos de llevarse el rico tesoro. Santiago levantaba sus palacios corus-

cantes. Venían príncipes a visitar las casas de los millonarios y las mujeres lucían joyas fantásticas en sus pechos.

Una calle había sido pavimentada con duelas de madera. Sobre ella apenas si resonaban los cascos y las llantas de los caballos y ruedas de los carruajes. Esa calle era ya el barrio de Saint-Germain del pequeño «París» chileno... Hileras de palacios se miraban unos frente a otros y por la Alameda de las Delicias, por donde habían entrado en otro tiempo, los vencedores en todas las guerras, se levantaban a ambos lados suntuosas residencias con cúpulas doradas que brillaban como los palacios bizantinos al sol esplendente de Chile.

Desde Europa a donde acudían las familias a gozar de las riquezas acumuladas, se traían muebles valiosos, cuadros de pintores célebres, maderas de cedro, caobas riquísimas, espejos y tapices. Las cúpulas que coronaban, en algunos palacios, el gran hall central de la residencia estaban labradas en maderas de cedro. Las gradas de acceso a la mansión, eran de granito. Se copiaban las líneas arquitectónicas de tradición en Europa. Todo se impregnaba en el espíritu extranjero, en la imitación de los modelos del viejo mundo. Y todo este aroma si en verdad hablaba con elocuencia de la fortuna metálica de sus poseedores, no imponía en el espíritu la total energía de la tierra sobre la cual estaban edificadas los palacios.

La riqueza minera y agrícola y más tarde la ex-

plotación gigantesca de las salitreras permitieron el despilfarro de los caudales en Europa. Porque no había otra forma de satisfacer la vanidad santiaguina, que el paseo por las viejas ciudades europeas, cuyas suntuosidades no era posible copiar sino a costa de ingentes derroches. Arquitectos franceses trazaban planos para algunas residencias de millonarios. Y también las decoraciones eran hechas por artistas europeos. Los interiores y aun ciertas fachadas evocaban las minucias de estilos pompeyano, morisco, Tudor o florentino.

Un príncipe que estuvo, de paso, en Santiago en 1887, y que fué invitado a bailes y banquetes, declaró que sólo en las fiestas europeas había encontrado igual fausto, igual boato y elegancia. Se consumía más champaña que en Bélgica y más que en cualquiera otra ciudad europea. Se importaban licores finos y cigarrillos de las marcas más valiosas. Naturalmente no existía o no palpitaba en el corazón de la gente joven, heredera de la fortuna de sus mayores, afecto profundo por las cosas nativas. Si existía una organización administrativa admirable y fuerte, recia y sólida, ello no excluía la presencia de un «rastacuerismo» que debilitaba y consumía la riqueza privada.

En cambio junto a los palacios suntuosos se levantaban a duras penas, en largas y sombrías barriadas, las viviendas miserables de los pobres. Un viajero norteamericano, Teodoro Child escribió en 1890, lo siguiente, que es una muestra y una corroboración de lo

que decimos: «Los pobres viven en conventillos anti-higiénicos y casuchas en que se manifiesta un abandono aún más miserable que el del campesino ruso. Para los peones la vida es realmente una prueba en que el sobreviviente ha debido pasar por las críticas penalidades de la infancia y, gracias a esto, la mortalidad entre las clases pobres es enorme» (1).

Esta fué la contradicción permanente en la vida chilena y especialmente en la vida santiaguina. El siglo XIX vió suntuosidades sociales de vívida prosopopeya, pero contempló y dejó en largo y abundante olvido la miseria siniestra y el abandono inverosímil de la gente humilde. Se dejaron pasar oportunidades magníficas de reparación de las injusticias, y ese elemento que viajaba hacia Europa y volvía a lucir sus prendas adquiridas en París o Londres y retornaba cada vez que lo quería a sus antiguos centros de lujo no se detuvo nunca a pensar, con una mediana visión del futuro, en lo que iba a significar, con los años, para la estabilidad y la solidez de la organización social y política chilena el trágico vegetar del pueblo. Porque naturalmente el campesino, el huaso, llevaba una existencia más acogedora y más humana, gracias al sentido patriarcal de la mansión solariega de las haciendas y tenía al alcance de su mano el alimento abundante y la generosidad de los patrones. La vida obscura y supersticiosa del campo, tenía como

(1) Ricardo A. Latcham.— Estampas del Nuevo Extremo. Pág. 271.

centro de vitalidad, el antiguo concepto de la encomienda, corregido y suavizado por las ideas de progreso, en el siglo pasado. No se trataba sino por excepción, con brutalidad a los peones y algunos de ellos, vivían como en su hogar, al amparo de la benevolencia de los amos. Vivían cerca de las casas del fundo y asistían a los oficios divinos presididos por los amos, cuidaban de las cosechas, se les proporcionaban algunas cuadras para el cultivo y, a veces, acompañaban a los hijos de los patrones en las excursiones veraniegas. Eran leales, por una especie de compenetración orgánica de sus vidas con la tierra que les prestaba sustento, y muchos de esos peones nacían, crecían y morían, ya viejos, sin haberse alejado nunca de la hacienda. Sus familias continuaban viviendo allí y se traspasaban unos a otros la herencia de la lealtad a los patrones.

En la ciudad las cosas eran distintas. El trabajador no hacía vida común con los dueños de industrias, o con los orgullosos señores de la aristocracia política o social. Vivía en los barrios apartados, en conventillos pestilentes, sin luz, con toda su prole metida en dos o tres metros cuadrados. Ganaba un jornal misérrimo y sus hijos morían pequeños, víctimas de las malas condiciones higiénicas que estaban obligados a soportar. Este concepto de la vivienda limpia, con aire y luz y medianas comodidades, no es una creación actual, sino una cosa vieja, en la que debía haberse pensado, mientras el torrente espeso de la riqueza ba-

jaba, hinchándose, desde los minerales primero de Chañarcillo, Guayacán y Tamaya y luego, desde el desierto petrificado de las salitreras, hasta el corazón opulento de la capital, en la que estaban las residencias elegantes, los Ministros de Estado, los Diputados y Senadores, los Institutos de Cultura y todo ese ajetreo fastuoso que forma una ciudad grande.

Las irritaciones y las cóleras populares provienen de esta injusticia material, que entre nosotros no fué corregida a tiempo, y que, por el contrario, se la dejó prosperar, como si nunca pudiera llegar el día en que la voluntad de trastorno, hiciera sentir sus voces agriadas y sus actitudes decisivas para imponer nuevas concepciones sociales y nuevos géneros de vida.

Ese día en las salas del palacio en subasta, se oían comentarios inverosímiles, frases expertas, palabras de ciega admiración, juicios vulgares y exclamaciones estúpidas. Había las bocas mudas y pertinaces de los nuevos ricos, los gestos que petrifica la ignorancia de los que nunca han poseído nada, los rictus desgarrados, sin elocuencia o demasiado elocuentes en su misma inexpresión, de aquellos que por primera vez han pisado sobre alfombras finas y se han deslizado junto a muebles que adivinan magníficos. Algunos rostros ratoniles se inclinaban sobrecogidos sobre viejos arcones y cofres de madera tallada como poemas. Algunos petulantes se daban aires de importancia como si en la

vida hubieran hecho otra cosa que discurrir entre muebles y objetos de arte importados.

Observaban las telas que pendían de los muros, frunciendo los párpados y alejándose un trecho, tal como lo hacen los entendidos en las exposiciones de pintura.

Algunas mujeres cuchicheaban en voz baja, se decían al oído frases sibilinas, señalaban con un impulso del mentón algunos muebles y volvían a conversar en secreto. Evocaban quizá sus casas o departamentos adornados con esos estilos fríos que la industria vulgar fabrica a granel para tentar la vanidad ignorante de los clientes. Miraban con aire confuso los tapices de Tabriz o de Moshul, con expresiones embobadas que corregían rápidamente cuando se creían observadas. Había también las damas que iban a arrellanarse sobre los sillones azules de estilo florentino, una pierna sobre la otra en la actitud de desmadejamiento que se adopta cuando se quiere demostrar que todo eso que ocurre no tiene para ellas secreto. Encendían sus cigarrillos y echaban al aire espesas bocanadas de humo. Luego se daban polvos y rouge y parecían encantadas de la vida, encantadas de encontrarse allí, en esos salones que la vieja aristocracia había llenado en días más venturosos, con sus damas impresionantes y sus varones vestidos en Londres o París.

Había la dama elegante que se había quedado como ensimismada, enamorada de súbito del barqueño italiano del siglo XVIII, de palisandro con incrus-

taciones de marfil. La dama custodiaba el mueble como si ya le perteneciera. Su mano enguantada recorría la superficie con una viva emoción, frotando lentamente como sobre una piel adorada; había el anticuario enamorado del Cristo de marfil francés, antiguo, de vislumbre casi etérea, magnífico en la precisión de sus líneas musculares, patinado por los años. Este anticuario formulaba mentalmente sus complicados cálculos aritméticos; había el judío tembloroso que burgaba los cofres de madera de sándalo y se relamía frente a una tela que los expertos atribuían a un primitivo italiano: Fra Bartolomeo. Un pintor muy conocido examinaba los cuadros de Guirand de Scevola y de Monet. Otros comentaban en voz alta para ser oídos de los vecinos la riqueza de la vajilla de plaqué de Cristhophle, y recordaban las lejanas noches fulgurantes de las fiestas de palacio. Las luces arrancaban chispas de oro a los bordes de los cristales de baccarat y untaban con un brillo de pomada los rostros sudorosos de los hombres.

Había los expertos en libros que recorrían ávidamente los estantes cerrados, con puertas de vidrios, a través de los que se podían leer con dificultad los títulos y autores. Todo era allí francés, lo mismo las revistas antiguas, atadas en diferentes paquetes, como las obras de ilustres autores. No se descubría ni por curiosidad un libro chileno. No hacía falta en aquel extraño ambiente europeo en el que todo había sido traído hacía muchos años. Sin duda la precaria lite-

ratura nacional no sólo habría estado demás; sino que nada hubiera dicho a los moradores de esa casa, y sólo las sombras inmortales de Tolstoi, de Dumas, de Anatole France, de Dostoiewski, de Maupassant, de Víctor Hugo y de tantos otros erraban complacidas en esa atmósfera de lujo.

El espíritu de la tierra no vibraba allí. Parece increíble que nadie en la casa tuviera la curiosidad de conocer el pensamiento de sus compatriotas. ¿No existían? ¿No poseían el «savoir faire» de los europeos? ¿No eran capaces de producir nada que mereciera ser leído? Es evidente que para un espíritu observador enamorado de lo criollo, esta ausencia debía producirle un profundo desencanto. Allí estaba tal vez la clave de esta oculta desnacionalización que fué el más curioso fenómeno de una sociedad esencialmente criolla por la naturaleza de sus costumbres y fundamentalmente europeizante por las exterioridades de sus aficiones. Se rodeaba de lujo importado y no concebía, quizá, que un artista criollo decorara los interiores, de sus residencias con motivos extraídos de la naturaleza o de la historia.

Existieron casas en que sólo se servía a la manera europea. Fué en el siglo de las empresas afortunadas, cuando, como se ha dicho, la riqueza agrícola y la riqueza minera despertaron emulaciones y vanidades lugareñas, y echaron hacia el Viejo Mundo a las familias santiaguinas. Se comprende así que un novelista

como Blest Gana, que vivía desterrado voluntariamente en Europa, volviera el rostro hacia la tierra que había abandonado hacía años y sólo pintara en sus novelas el ambiente y los personajes de su tierra natal. Blest Gana, nostálgico de su país, revivía así, en la composición de sus novelas lo que había perdido para siempre. Tornaba a sentirse criollo, escuchaba el canto de los pájaros campesinos, el rumor de los esteros, el susurro de los álamos en los caminos del fundo. Los patios de las viejas casas de adobes de espaciosos corredores, revivían en el corazón del diplomático expatriado. Y como estaba cerca de los compatriotas que vivían derrochando en Europa el fruto de la riqueza extraída del suelo nativo, y observaba sus vidas de dilapidación y de placeres, sumergidos en el océano de un ambiente que ni siquiera los cotizaba, sino a título de advenedizos, los estudió y los encerró por fin, para eterna condenación en las páginas de su novela «Los trasplantados». Eso eran los sudamericanos en París. Seres frívolos, almas desairragadas del suelo natal, sombras que vagaban por los boulevares o los cabarets y casas de juego y se sumaban a la espesa corriente de los rascacueros, fingiendo una riqueza mayor de la que en realidad tenían.

Este espíritu de lujo y de magnificencia estaba acumulado en ese palacio que el martillo del subastador dispersaba pieza por pieza, indiferente a la transformación de las cosas humanas. Todas las clases sociales se

habían dado cita en sus salones. Allí estaban los burgueses enriquecidos en nuevas y misteriosas especulaciones, los nuevos ricos ávidos de amoblar sus casas con el boato de las viejas aristocracias; semitas que habían llegado al país arrojados por gobiernos europeos y que habían traído sus caudales para comerciar con la candidez de estos países débiles y sin tradiciones; gestores y funcionarios de grandes sueldos, cuyas mujeres querían a toda costa emular y aun sobrepasar a las damas de estirpe; comerciantes sirios que se habían enriquecido después de increíbles sacrificios; norteamericanos que andaban en busca de antigüedades típicas y que no pudieron encontrar, porque allí no había sino lo que ellos ya conocían de memoria en Europa; damas aristocráticas que querían observar los muebles de Maple, de Garbier o de Kieger; los anticuarios que ansiaban quedarse con los sillones tapizados con terciopelo de Florencia o de Utrech o con las mesas de encina tallada con cubierta de mármol rosado. Mujeres equívocas que habían oído ponderar a sus amigos la fastuosidad de la casa; petimetres arruinados, empleaditas de banco, estudiantes, militares, damas de clase indefinible cuyos maridos les habían encargado hacer posturas por si algo se pescaba...

Todo ese pequeño mundo se atropellaba en cada sala, en cada rincón de los salones Aubusson o en las pequeñas salas azules, en las estancias adornadas en el estilo Regencia con muebles de nogal tallado y dorado al fuego. Allí discutían la calidad y la cantidad de

la subasta. Buscaban posiciones estratégicas para vencer a los adversarios que ansiaban quedarse con los muebles elegidos o para observar quienes eran los afortunados que remataban.

Todo un pasado de boato se liquidaba en esos días. Toda una época terminaba allí, sin gloria, sin heroísmo alguno, al compás del martillo que caía implacable como sobre la tapa de una urna en la que se hubiera tendido a olvidar o a morir, la vieja y fatigada alma antigua . . . Toda la época agrícola y autoritaria, la de las calles silenciosas y los interiores herméticos y sólo accesibles para las tribus del clan social, finalizaba en esa ceremonia corriente, coreada por la frialdad de los afortunados comerciantes del tiempo actual.

Existían sin duda los factores de la dilapidación casi sistemática de los poseedores de la fortuna agrícola. Los fundos hipotecados, cuyos frutos se gastaban alegremente por los herederos más jóvenes y más ávidos de vivir, pasaban a manos de gente enriquecida de la clase media, que había aprendido el arte de la especulación o que tenía mayores facilidades para determinados negocios debido a los cambios de gobierno y a la entrada en el parlamento de los partidos nuevos de tinte popular. La aristocracia, recia hasta el momento en que no hubo inquietud social alguna, se agrietó debido a la indolencia de esos herederos que no supieron conservar la tradición de sus antepasados ni remozarla para hacerla servir a los tiempos nuevos. En estos había la disciplina, el orden casi severo, y la permanente dedicación al trabajo. Mientras la familia

joven e impetuosa derrochaba la riqueza, los jefes de la tribu trabajaban sin descanso a fin de acrecentar su fortuna. Pero este estado no podía subsistir frente a una transformación tan dolorosa como la que se venía preparando en el país después de la revolución del 91 y que desorientó completamente los viejos cuadros sociales, esos cuadros que los comentaristas extranjeros colocaban dentro de la influencia de las «cien familias» chilenas, o sea la aristocracia agrícola que había manejado al país desde la independencia.

Toda la riqueza huía, se filtraba hacia el exterior, se liquidaba materialmente en la afanosa vanidad de vivir conforme a los patrones europeos, adquiriendo en el Viejo Mundo los artículos de lujo, las telas de los vestidos, los muebles, los cuadros, los licores, los cigarrillos, los carruajes y otras incontables excelencias (1).

(1) Un publicista francés, M. Pariot, se refería en 1860, con sorpresa, al comercio que sus compatriotas hacían entonces por Valparaíso, y decía: «No puede menos de reprocharse a nuestros negociantes el que la mayor parte, acaso la totalidad de los cargamentos que mandan a Chile sean sólo objetos de lujo y fantasía, en lugar de artículos menos preciosos pero cuidadosamente confeccionados de un precio más módico y apropiado a la gran masa de consumidores, pues por más que los ricos de Chile sean lujosos, es la masa aquélla la que ofrece a las especulaciones el campo más vasto y los beneficios más seguros».

Marcial González, un economista y hombre de letras chileno, enteramente olvidado, agregaba en el ensayo titulado: «Nuestro enemigo el lujo» y publicado en la «Revista del Pacífico» en 1874: Aquí la inmensa mayoría consume hartos más de lo que produce y, vive como vulgarmente se dice sobre la renta del año venidero. Al menos yo he podido notar muchas veces que cuando un extranjero, en circunstancias dadas, gasta como cuatro, un chileno gasta como diez». Y agregaba: «Decidme señores, ¿a qué otra sino a las crecidas inversiones del lujo se debió la crisis del 61 y la

Pero ya la vida comenzaba a hacerse insoportable para los herederos y para las familias de la clase social que había gobernado durante cien años, sin contrapeso alguno, desde el gobierno y desde el parlamento.

Todo se había renovado bruscamente, a partir de 1918, término de la guerra europea. Habían surgido nuevos partidos políticos, nuevas costumbres que lo mismo afectaban a la clase media que a la clase aristocrática. El desorden era la consigna en el interior de las familias. Los hijos desobedecían la autoridad de los padres, las muchachas, estremecidas por el viento de la disolución que venía desde el Viejo Mundo, hacían su vida conforme a su propia voluntad. Del

del 67; la que venimos atravesando desde hace catorce meses (1873) y porque, persiste y se ahonda y es hasta una amenaza para las fortunas más sólidas, sino porque se ha roto el equilibrio entre la producción y el consumo, esto es, porque el país no produce ni con mucho lo necesario para saldar las fuertes importaciones que nos hace el extranjero?»

Y luego añadía: «Según las estadísticas comerciales nuestra importación de mercaderías francesas el año 72 fué de 7.851.014 lo que da más de la quinta parte del comercio general a las solas mercaderías venidas de Francia que como sabéis consisten principalmente en telas finas y vestidos confeccionados, carruajes, vinos, licores de calidad, muebles y menajes de casa, tapices, grabados, encajes, pinturas, objetos de arte y otros artículos, que son no sólo de moda y de gusto sino de lujo muy real y verdadero. ¿Qué pueblo español de este continente consume tanto como el nuestro en mercaderías francesas o más propiamente artículos parisien- ses que son casi todos de fausto y ostentación? Nuestro comercio en estos ramos ¿no es el doble que el de España o Bélgica, Suiza o Piamonte, límites de Francia. Guardadas las proporciones respectivas no es mucho mayor el lujo de Santiago que el de Buenos Aires o Lima, Montevideo, Río de Janeiro, Florencia o Bruselas o Madrid?»

fondo de la tierra brotaba un hálito quemante de sensualismo artificial que hacía crujir el viejo edificio construido a costa de lágrimas y de penosos esfuerzos. La ráfaga del materialismo lo llenaba todo y no había otra consigna que la de acumular dinero para gozárse-lo sin inquietud alguna y sin responsabilidad para el mañana.

Familias opulentas habían quedado en la ruina. Se levantaban otras desconocidas en el ambiente. Surgían arrogancias y soberbias que esa aristocracia no hubiera tolerado medio siglo atrás. Pero era inevitable soportarlas, porque estaban apoyadas en los nuevos órdenes de la política y en los nuevos conceptos de convivencia humana y social. Los que habían padecido o por lo menos los que eran despertados por la demagogia, creían de buena fe que era llegado el momento de usufructuar de una riqueza que sólo podía tomarse, sin sacrificio, mediante operaciones políticas. Y en este desorden y en esta descomposición de los antiguos símbolos, naufragaban las más sólidas virtudes y se corrompían aún antes de madurar, las más jóvenes. Tal fenómeno no era sino confirmación de la debilidad cada vez más profunda, de los que debían conservar la tradición severa de sus mayores. No la conservaban, porque también habían sido golpeados por la ráfaga del desorden y del materialismo y querían, a su vez, gozar de las que podían ser las últimas oportunidades, en un tiempo de inminencias y de sorpresas. Las leyes amparadoras del pueblo dictadas en horas aflictivas o para

calmar el descontento y la irritación que rugía ya en las masas había complicado aún más la existencia de los antiguos clanes sociales. Se comprendía tarde o se entendía ya muy en la retaguardia, que la imprevisión, junto con el derroche y la soberbia, el vano hermetismo y la arrogancia, habían sido los factores determinantes de esta situación que se hacía cada día más dura y más tirante.

Santiago estaba invadido por castas desconocidas. Las calles se veían llenas de rostros nuevos, extranjeros ávidos que venían a comerciar en un país libre, en el cual todos podían hacerse ricos, si empleaban para ello, unos el esfuerzo y otros la astucia o la audacia. Las tierras eran adquiridas por los nuevos emigrantes. los palacios se vendían a los primeros que pagaban una buena prima de comisión y así las viviendas más fastuosas o se demolían para abrir nuevas calles y construir palacetes modernos en medio de las tímidas protestas de los tradicionalistas, o se subastaban en las oficinas de los notarios. El viento agrio de las conmociones fatales empujaba a todos a la liquidación de los valores ya pasados para incorporarse, como mejor se pudiera, a las nuevas formas de vivir o para conservar, a buen recaudo, el remanente de las fortunas.

(Continuará).